

DEBE SER
EL TIEMPO
QUE HACE
HOY



La Fea Burguesía

POESÍA

Murcia

2018

DEBE SER
EL TIEMPO
QUE HACE
HOY

PEDRO GUERRERO
RUIZ

La editorial es consciente de la necesidad
de los recursos naturales para consumir cultura
y de la colaboración en la conservación del medio ambiente.
Así pues, por la impresión de este libro, ha plantado
una ciprés (*Cupressus*) en el paraje
de El Horno en Cieza (Murcia)



“Debe ser el tiempo que hace hoy”

© Pedro Guerrero Ruiz, 2018

© La Fea Burguesía Ediciones, 2018

Grupo Editorial Tres y Libros, SL

Murcia, España.

www.lafeaburguesia.es

Cubierta: Cristina Morano
Maquetación: Fernando Fernández Villa

Primera edición: septiembre de 2018

IBIC: DCF

ISBN: 978 84 947994 7 1

Depósito legal: MU 1033-2018

Printed in Spain - Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

Índice

<i>Apóstrofe del iris por María Teresa Caro Valverde</i>	13
El día que no sepa quién soy	21
Poesía pintada	22
Aquellos versos tristes	23
Regocijo del tiempo	25
El eco de una música	27
Cuando estabas en el mar	28
Donde no habita el tiempo	29
Cansado	30
Llanto	31
Después	32
Sólo decía que no	33
Aquel otoño limpio	34
Ella	35
Cuando amanece	36
Venus amada	37
Me duele este amor	38
Nota de una tarde	40
Amor como oleaje	41
Tan alegre	42
Deseo sometido	43
Regreso	44
Elegía y deseo	45

Duelo	46
Tus ojos en mis ojos	47
Historia de un dos más dos	48
Ese	51
Esto que es el amor	55
Faro	56
Tormento severo	57
Aula	58
José Agustín	59
Pequeña historia en 14 poemas	
Poema 1	62
Poema 2	63
Poema 3	64
Poema 4	65
Poema 5	66
Poema 6	67
Poema 7	68
Poema 8	69
Poema 9	70
Poema 10	71
Poema 11	72
Poema 12	73
Poema 13	74
Poema 14	75
Elegía a Francisco Rabal (In memoriam)	76
Necedad de poeta	78
Último poema (inconcluso)	79

A Giovanna

La noche sosegada
en par de los levantes de la
aurora,
la música callada,
la soledad sonora...

San Juan de la Cruz

APÓSTROFE DEL IRIS

Aparece *Debe ser el tiempo que hace hoy*, sexto libro de poemas escritos por Pedro Guerrero Ruiz desde que en 1970 se publicara *Los versos de Pedro Pueblo*, premio Ciudad de Lorca. Para aquel hizo Gabriel Celaya un prólogo al que puso mordaza la censura franquista. Nueve años después, lo recogió la revista *Márgenes* en su número inaugural. Celaya supo ver la médula creativa de Pedro Guerrero: la luz suprapersonal de la esperanza que revela su decir valiente, cargado de futuro porque despierta la conciencia crítica de los lectores para transformar el mundo sin prédicas ni dictados, con la encarnadura de la autenticidad porque el poeta “dice lo que ve” sin tapujos. La suya es fuerza testimonial de un saber más intenso que el de las ideologías porque no expone supuestas verdades únicas, sino la realidad compleja a la altura de los ojos.

Pedro es pueblo. Su voz tiene voluntad de compañía. Su inteligencia es dialogante. Por eso difiere sustancialmente de la de los poetas narcisos. Son necios quienes trazan retratos tan complacidos como estériles de su mundo propio. Son sabios quienes radiografían la heteroglosia honda, la mirada infinita que nos habita.

Su poesía vuelve la soledad sonora y gana entereza si

se lee en corro, pues, como el canto, intima con el oído y la imaginación plurales. Así surgió en 1982 *Poética del gesto*, premio Vicente Aleixandre. Lo corona “Variante de tres”, versión entrañable de su música callada, retrato a retazos de las vivencias cotidianas con sus hijos donde halló el Aleph que también advirtiera Borges en el rincón de un peldaño. Los gestos del pasado compartido tienen aquí el fulgor de la convergencia. Su esfera conmueve el encanto sublime y las conjeturas de la melancolía de cualquier persona.

La poética de este libro reúne paradójicamente lo pequeño cotidiano y lo cósmico mítico, “conquistando un mundo sin salir de casa”. Este y otros tantos versos donde fulge su destino de esperanza se convierten en lemas con variantes intertextuales en libros posteriores del autor. Ocurre a la vez como en los niños que piden siempre el mismo cuento y en los abuelos que pronuncian a tiempo aquel sabio refrán: la esperanza crece con el retorno a lo valioso por su autenticidad humana. He aquí la coherencia misma de su obra entera, en esencia “un encuentro personal”. No en vano Luis Rosales dijo de Pedro Guerrero que “se parece a su poesía”.

Las citas y alusiones que a menudo anteceden cada libro orientan siempre este afán por el encuentro con los otros que le habitan. Así viene Salomón a su libro tercero, *Blanquizaras de Lébor* (1989), de quien se cuenta que hablaba con bestias, aves, peces y gusanos. También el poeta empatiza con la naturaleza toda que es patrimonio cercano, empezando por la familia y los amigos. A ello se refiere el título alusivo a un paraje rocoso de Totana. En travesía desde la calle Redón de Lorca donde naciera hasta su amor permanente por Juana Blanco le

impulsa la conciencia de la profundidad humana que revelan los ojos de los seres queridos. De Paco Rabal dice: “Como Picasso / perviven en sus ojos / cien mil ojos”. De Juani, “Sus ojos, tristes, me socavan / y los llevo a todas partes conmigo”.

Pronto llega *Memoria de la luz* (1990), premiado en la Universidad de Murcia. Lo dedica a su padre. En el extenso poema “San Juan de la Cruz” ejerce un comentario absolutamente personal de ciertas estrofas del *Cántico Espiritual*, exégesis de la poética divina traducida en el desposorio de los amantes. Su diálogo con el verbo inspirado del admirable maestro acerca al lector la poetología que da sentido a su trayectoria: “No es la metáfora / tus ojos / sino tus ojos / en mis ojos; / razón de la armonía, / una parábola y un discurso; / una alegoría, / un símbolo austero y personal.” Y así va de lo místico a lo telúrico, y se aloja en el surrealismo del “ojo soluble” que nombrara la revista *Litoral* para el pensamiento liberado de las ataduras de la fea burguesía, porque en la membrana surrealista se manifiesta el deseo máximo de su poesía: “Nos abrazamos por los ojos” escribió pensando en Huidobro.

El iris de Pedro Guerrero apostrofa la luz interior que le brinda la sociabilidad absoluta. Y su óptica pigmenta el mundo de entusiasmo y lo retiene con amor al sentido común presente en los abrazos y con dolor a la ausencia y sus fantasmas. Suyo es el ojo que salta el muro siguiendo la estela didáctica que otros raptaron de Leonardo Da Vinci en su *Libro di Pittura* (§ 19, 142): “L’occhio, che si dice finestra dell’anima, è la principale via donde il comune senso può più copiosa e magnificamente considerare le infinite opere di natura”. Su

apóstrofe salta la opacidad de lo obvio y se regocija en la transparencia de lo íntimo cuando contempla el alma de la persona en esa ventana de la naturaleza infinita que son sus ojos.

Su razón de escribir es penetrar esta iluminación con ingenio ekfrástico. Tal es su estilo lírico y educativo, pues en la *ekfrasis* sus facetas de profesor y poeta compaginan un mismo discurso. La producción científica de Pedro Guerrero sobre el tema es ingente y lo ha consolidado como máximo especialista a escala internacional. Su origen se remonta a su Tesis Doctoral de teoría literaria sobre la obra de Rafael Alberti *A la pintura. Poema del color y la línea*, emanada del asombro y la inspiración que en aquel provocó el Museo del Prado.

El libro cuarto de poemas, *Cumbre del pájaro herido* lo acabó en 1998. Lleva un “Prólogo” de Paco Rabal que resalta en Pedro Guerrero “su corazón transparente y solidario” y su “identidad política humanista”. En su segunda edición, con motivo del fallecimiento de su amigo en 2001, introdujo la elegía “Algo tuyo (In memoriam)”. El primer verso del poemario es “Amo todos tus ojos”. Los ama porque interiorizan el mundo entrañable por contraposición al mundo ciego de violencia insultante que tanto desprecia. Y el que titula “Federico García Lorca”, en plena efervescencia ekfrástica, desborda color y símbolos que esclarecen el desgarrón afectivo que lo precipita cual Ícaro hacia la vorágine del tormento: “Cumbre del pájaro herido, despiado, / silenciado su acento más sereno.” (...) “es siempre el ojo / quien salta el muro arrastrándose / hacia el infinito sideral”.

Adviene después a su mirada verbal *Levedad de la ceniza* (2007). En el poema homónimo impera la incle-

mencia del tiempo, la muerte en sombra, el protagonismo del olvido. El poeta se define entonces como “fantasma que habito” y se entrega sin reservas a la retórica de la prosopopeya y del apóstrofe dedicados a los seres queridos que han muerto. Sobre todo llama a sus padres entre el recuerdo amable y la caducidad presente y futura. Así, con la conciencia del duelo en las espaldas, se ve transitando los páramos del espectro sin quimera ni trasgresión, sin sueño ni utopía.

Debe ser el tiempo que hace hoy se hace eco de un verso de *Levedad de la ceniza* siguiendo su rastro y el de las obras previas en el tejido enmadejado de convivencia y creencia personal. Pero su voluntad artística invita ahora más que nunca a descubrir la poetología que la justifica, es decir, a investigar la trama creativa de su invención, su significancia, pues, según hemos apreciado en la singladura de sus poemarios, esta no se reduce a la simple relación comunicativa entre enunciadores y enunciados basada en la captación de significado como si la poesía equivaliese a un testamento expeditivo del autor. Antes bien, la escritura poética de Pedro Guerrero pide otro modo de leer incómodo, que halla belleza no en un retrato complaciente de su mundo sino en el pulso de la incertidumbre donde se mira.

Deliberadamente, la poetología de Pedro Guerrero imprime huellas que se miran en huellas de otro tiempo de escritura. Iteraciones que representan su devenir como eterno retorno de lo mismo que se siente diferente al entregar la memoria a la perspectiva doble de las citas. Como en juego de espejos, sucede que todos sus libros precedentes quedan anclados en este que es su punto de fuga. Y por tal duplicación intertextual el

autor se vuelve lector de sí mismo y expone su identidad estética en hipótesis peregrina. Cada detalle reiterado en el nuevo poemario no es semblanza eidética sino indicio transtextual de dicha reflexión. No *mímesis* de sí sino *poiesis* del otro. Textos y tópicos van siendo reinsertados y transformados respecto de su genética en función de este injerto genuino que cuestiona el sentido de la obra mirando en su abismo, trasponiendo la *mise en abyme* que en novela ensayaron André Gide con *Los monederos falsos* y Miguel de Cervantes con el *Quijote* para mostrar que los versos itinerantes son precisamente aquellos donde germina con circunstancias diversas su pervivencia expresiva.

“Atormentado de palabras, viajaba yo en penumbra”: el poeta no busca el tránsito certero y naturalista de la autobiografía sino la cabalgadura de la creación en contingencia viva. No le interesa ser bardo del saber que vuelca en palabras dóciles sus experiencias e ideología. Honestamente prefiere reconocerse maldito en tiempos de miseria y auras frías, e imaginar inventarios en deuda con los grandes maestros de los que aprendió metáforas para un nuevo lenguaje donde las imágenes protestan por lo visible y preguntan por lo invisible. Alberti, Baudelaire, Machado, Neruda, Ungaretti...

Debe ser el tiempo que hace hoy historiza la poesía de Pedro Guerrero. Desestabiliza el memorandum de sus orígenes en una conciencia abierta que entrega la identidad a la ironía. Estremece su inicio: “El día que no sepa quién soy” es futurición del yo olvidado de sí dirigiéndose al tú que ama en la foto cosificada de un beso. Pero el arte saca fuerza de la melancolía. Y la pasión ekfrástica refulge en “Poesía pintada” con el cú-

mulo visionario de metáforas ardientes que entraña la pintura como emoción y audacia de exultación vital. Y la escatología del amor sigue incendiando su retina con la poesía de lecho íntimo y celeste de aquel cuadro de Tiziano donde Dánae recibe la lluvia de oro. Ya sea recuerdo o deseo, aun en la pira del cansancio, “Ella”, la Venus amada de las fontanas italianas, oleaje descrito e invocado, promesa súbita de alegría cuya errata es sin-sentido del amante, procrea el destino del poeta en la paradoja carnal de la gracia y la desgracia.

Entonces aparece “Ese” en el espejo, el poeta auténtico en acertijo, el que está alerta y persevera. Podría ser cualquiera de los suyos: quizá Eliodoro Puche recitando en las viejas tabernas poemas de sintaxis proletaria; tal vez el autor de la Gitanilla, los perros vagabundos y don Quijote, o él mismo, también paladín de la libertad por la justicia y artista en la intemperie que de aquel jardín de las delicias asume ya pintar la tabla de sus escombros.

El *spleen* da belleza simbólica a la lenta llegada de la bilis negra que en este libro se expresa sin fanatismos, con la elegancia de quien esparce su ceniza leve en el relato de una “Pequeña historia en 14 poemas” donde da concierto a tantas citas de su vida en literatura: las primeras sinestesias del amor presentido, el gesto significativo como discurso poético, la conquista del mundo en la intimidad, la mujer elipsis y compañía, el clamor en la trinchera, la exégesis de la noche, las alas sacudidas. En fin, “Se trata de una historia del brillo de sus ojos, de un soliloquio”.

Pero en la cita no hay solo tormento calcinado. La cita trae esperanza a la mirada infatigable que se regocija en el encanto ajeno. Porque el temperamento de este

poeta huye de los epitafios de la egolatría y tampoco se siente faro que ilumina el mundo, sino persona agradecida a la hermosura de su luz tienen humor intacto sus poemas “aula”, “Sólo decía que no”, “Historia de un dos más dos”, “José Agustín” y, sobre todo, el “Último poema (inconcluso)” que anda suelto y trae Candela. Es el signo resolutivo de Pedro Guerrero, sonriente a la lejanía con el brillo en los ojos y el acento bizarro que maldice lo escolástico “sin más muro / que el vegetal silencio de la espuma”, aupado en la montura formidable, disidente, inocente, de la audacia y la maravilla.

María Teresa Caro Valverde

EL DÍA QUE NO SEPA QUIÉN SOY

El día que no sepa quién soy,
sentado en el negro sofá
donde leo el diario,
o me quede mirando
a ningún lugar determinado,
fijamente,
busca aquella foto donde nos besamos
y que tanto nos gusta.

El día que no sepa quién eres,
que no sepa tu nombre
cuando tus ojos se miren en los míos,
entonces, y sólo entonces,
comprenderás que ya no soy yo.
Busca esa foto.

En ese día que no responda a nada,
a nadie,
ni disfrute de una mañana efímera de luz
en una pequeña plaza de mi pueblo,
o si a tus hermosos ojos
no respondo con los míos ya entornados,
es que ha llegado la hora de decirnos adiós
el mundo y yo, o yo y el mundo.
Y sólo estaré en el recuerdo de esa foto.

POESÍA PINTADA

A mi hermano Pepe

Poesía vulnerable a los metales, encendida
en el fruto de la ingele y disputada
entre el deseo y el castigo. Lluvia, amapola,
amarga desventura y regreso enamorado.

Pintura. Geografía espumosa del color emergente,
partitura ardiendo en movimiento
con obstinada pasión por liberarse.
Sacudida luminaria del grito desbordado,
pintura en el espacio coral de la poesía.
Beso y audacia
del cromatismo sideral
de la pasión emocionada.

AQUELLOS VERSOS TRISTES

A mis hijos, Pedro y José Pablo

Por qué yo me sabía aquellos versos tristes,
o aquellos encendidos de Neruda y los lluviosos de Vallejo,
los de Miguel Hernández en los campos resecos,
o los de León Felipe,
sin retrato de su abuelo
que ganara una batalla.
Y por qué yo no recitaba otros versos,
tal vez más alegres, o los que escribieron
los cientos, tal vez miles, de poetas milagrosos.

Por qué no guardaba en mi memoria
aquellos otros versos exaltados de Espronceda,
o los de Bécquer, que tanto me gustaron.
Por qué era en lo oscuro la incertidumbre al fin,
y no venían a mí aquellas huellas de un tiempo juvenil,
arpa y espuma, como si de un oleaje fallido se tratase.

Nunca lo supe, o era mi destino el verso peregrino
del barro y del otoño en lluvia.
Y me bañé del océano de Larrea y Cernuda,
del ocaso infernal del sufrimiento lírico,
en las palabras descarnadas de Ungaretti,
Quasimodo, Montale. Y penetré en los malditos,
Baudelaire, Puche o Verlaine. Y así,
de la mano de Celaya, atracaba finalmente en la España
de Otero y de Machado, y en el Hudson profético de Whitman.

Atormentado de palabras, viajaba yo en penumbra,
poseído de la piedad de San Juan, el de La Cruz,
hasta los fantasmas de Lorca, geometría y angustia,
y en los ángeles fríos de Alberti surrealista.

Pero por qué fue mi destino el de acogerme
a la muerte de Manrique, el de crecer en dudas
desde la vieja madera de los mares de Homero,
aquel que no veía, en peregrino sufrimiento,
y con Neruda, cosmos elegíaco terrestre,
tan lejos de los divinos maestros de las dulces liras.

Nunca lo supe. Y tan sólo añadía la dureza del fuego
del repentino ocaso, del infinito espacio de las brumas.
Sin agua y agrietado, seco y más tosco cada día,
del mismo hierro encendido del infernal Vulcano
y de los mismos alumbres por donde había emergido,
convivía en la huella incesante de un rayo penal.

Y asemejé mis versos, tan sabidos, a una levedad
de ceniza que ahora, tercamente, me somete.